

EL ANÁLISIS ETIMOLÓGICO.

Al hablar de análisis etimológico, es claro que me refiero al que puede hacerse dentro de nuestro idioma, al que explica la generación de sus voces derivadas y compuestas. Sólo á ese.

Los hechos en que se funda son harto conocidos, y bastará recordarlos ahora en los términos sumarios que siguen:

En toda palabra compleja hay una sílaba que entraña la parte fundamental de su significación; es una antigua voz simple de donde procede la palabra, ó un resto suyo: es la *raíz*. Los demás elementos, que por el fin ó el principio la acompañan, indican modificaciones ó relaciones de la idea que ella expresa, y se designan con los nombres de *afijos* y *prefijos* respectivamente.

De aquí resulta: que una misma voz radical puede ser núcleo de formación de diversas palabras, sin más que recibir distintos elementos de esa naturaleza; que cabe hacer, pues, una distribución de las palabras complejas por familias, incluyendo en cada grupo todas las que se originen de una raíz común; y que así, conociendo los afijos y prefijos de un idioma, se simplifica de un modo considerable el conocimiento de su vocabulario, reducido desde entonces al de sus raíces.

He aquí una serie de ideas que vienen aceptándose hace mucho tiempo, y aun aplicándose á la formación del diccionario en

lenguas determinadas, con innegable fruto, pero que entre nosotros apenas han pasado del campo de la pura teoría. Y, sin embargo, es indudable la necesidad de su aplicación para sacar el estudio y cultivo del idioma del estacionamiento en que hoy se hallan, puesto que el análisis de los elementos significativos de la palabra es el procedimiento indicado para apreciar su valor con alguna exactitud.

Y no ha de creerse, por lo que toca á la escuela, que pensar en tal análisis equivalga á querer hacer lingüistas de los pobres niños; porque no se trata (ni es posible) de que sigan paso á paso las alternativas y vicisitudes por que han venido atravesando las voces hasta fijarse en el estado en que hoy se nos ofrecen, y que lleguen por este procedimiento á reducir los elementos más simples de que se compongan á su forma primitiva, á fin de penetrar hasta en lo más secreto de su constitución. Se trata sólo de que se habitúen á distinguir esos elementos bajo la forma que revisten al presente; de que se acostumbren á no tomar las palabras complejas tal y como aparecen ya constituidas, de una pieza, haciendo caso omiso de sus factores integrantes; de que aprendan á buscar su significación en estos factores, y se ejerciten en construirla por sí mismos; se trata, en suma, de dar mayor amplitud y alcance, que hasta aquí al análisis de las palabras *derivadas* y *compuestas*.

En efecto: la *derivación* que, como se sabe, no constituye sólo un procedimiento por cuya virtud se engendran unas palabras de otras, sino que es ante todo el procedimiento según el cual se forman todas las palabras complejas de sus raíces, consiste esencialmente en unir á estas últimas uno ó varios afijos; y la *composición* á su vez se lleva á cabo, uniendo á las mismas raíces uno ó varios prefijos. Esto supuesto, ejercitarse en el análisis de las voces derivadas y compuestas equivale á ejercitarse en el conocimiento de esos factores que, agregándose al corto número de temas radicales de nuestro idioma, dan origen á su tesoro de palabras. Y nada más fácil que este ejercicio, mientras no se excedan los límites en que debe encerrarse tratándose de la temprana edad á que hoy se circunscribe el estudio de la lengua.

Empiécese haciendo comparar á los alumnos palabras compues-

tas, que sólo difieran entre sí por sus prefijos (ya que éstos son los elementos cuyo valor pueden penetrar más pronto), y procurando que los primeros hacia los cuales se llame su atención sean de los que tienen una existencia independiente en el idioma; por ejemplo, las preposiciones que figuran en los verbos *sobre-poner*, *ante-poner*, *tras-poner*, *con-poner*, *contra-poner*. Preséntense frases familiares en que jueguen estos términos; y que vean los niños cómo cada una de ellas equivale á otras en que el verbo y el prefijo se separen, apareciendo aquél primero y éste después—cómo, v. gr., “*sobreponer una cosa á otra*” es una frase igual á la que formulamos de este modo: *poner una cosa sobre otra*.—Comprenderán, porque lo han visto y experimentado, que la significación de las palabras propuestas resulta de unir á la del verbo la de los prefijos respectivos, y, por consiguiente, que la diferencia que las separa depende tan sólo de la que existe entre los elementos mencionados. Pues de allí en adelante, á medida que se presenten *distintas* voces con las mismas partículas, aprovéchese de vez en cuando la ocasión para fijar sobre ellas la atención del alumno y hacer que las descomponga.

Cuando le sea ya familiar este primer análisis, en que para nada sale de su lengua, podrá avanzarse un nuevo paso; podrá decirse que, así como hay en español ciertas palabras que se anteponen á otras para traducir distintos aspectos ó relaciones de su significado, las hay y hubo en lenguas diferentes; que de ellas han pasado algunas á nosotros, especialmente del latín, pero dejando de tener existencia propia en nuestro idioma, y conservándose sólo en calidad de prefijos. Y de seguro no hallará nada de extraño en que palabras como *ex-poner*, *inter-poner*, *super-poner*, etc., hayan venido á formarse por el mismo procedimiento que *componer*, *anteponer*, *sobreponer*, y los demás compuestos de esta misma voz que conocía ya desde un principio. Pues, siguiendo siempre la misma marcha, propóngasele un vocablo de los que admiten distintos prefijos de esta clase—como el mismo verbo de los ejemplos anteriores—y hágasele notar las modificaciones que experimenta su significación, según las partículas que se le unen: cómo *exponer*, v. g., equivale á *poner hacia fuera*, y, por lo tanto, *poner de manifiesto* ó *al descubierto*—de donde *exponer* uno lo

que quiere es *manifestarlo*; y *exponerse* á un peligro, *ponerse al descubierto* ó *de frente* ante el peligro,—cómo *inter-poner* equivale á *poner-entre*, y *super-poner* ó *poner-sobre*, etc., etc. Después, á la manera que antes, sólo resta que analice las nuevas palabras que vayan presentándose con los mismos prefijos; y continuando de la propia suerte el examen de los demás, puede conseguirse que conozca todos los de la lengua, y aun que llegue á familiarizarse con la mayoría.

Conocidos primero bajo su forma ordinaria, será necesario advertir las alteraciones que á veces sufre la de algunos, y los casos en que se ofrecen tales alteraciones; por ejemplo: *irregular* en vez de *in-regular*; *comadre* en vez de *con-madre*; *oponer* en vez de *obponer*, etc.

Esta enseñanza es indispensable para que el alumno no llegue á extrañar elementos que ya conoce, y haga un falso análisis de las palabras en que aparezcan alterados, tomándolos como parte integrante de la raíz; y además de indispensable para este objeto, es de sumo interés tal enseñanza, en cuanto, revelando á los niños la sujeción de los idiomas á esas alteraciones fonéticas, dispone su espíritu para comprender en lo ulterior que las lenguas, como los hombres que las hablan, no se sustraen á la ley general del movimiento á que todo se somete; que las lenguas tienen su vida, y, por lo tanto, una historia, cuyo conocimiento nos permite explicar muchos de los fenómenos que hoy nos parecen un misterio.

Y ya habituado el alumno al análisis de las palabras compuestas, cabe abordar el de las derivadas, aunque dentro de límites más estrechos por su mayor dificultad. La transición de uno á otro puede facilitarse tomando por punto de partida palabras que denuncien á primera vista el mecanismo de su derivación, como los adverbios en *mente* y las distintas personas del futuro ó las de otros tiempos, formados de análoga manera, de algunos verbos irregulares. Haciendo observar, por ejemplo, que *amaré*, *amarás*, *amará* equivalen á *amar-he*, *amar-has*, *amar-ha*, es decir, á *he de amar*, *has de amar*, etc.; ó que *anduve*, *anduviste* . . . vale tanto como *andar-hube*, *andar-hubiste*, esto es, *hube de andar*, *hubiste de andar* . . . , se conseguirá poner de relieve desde un princi-

pio la manera cómo han podido nacer unas palabras de otras mediante el expresado procedimiento. Y no hay ningún inconveniente en enseñar en seguida que, así como las terminaciones de estos ejemplos son actualmente verdaderas palabras, debieron serlo también en antiguos idiomas los elementos á que deben su origen muchos afijos actuales, por más que á nosotros no hayan llegado con existencia independiente, sino sólo en esta forma, y tan demudados, que se hace muy difícil restituirlos á su primer ser é investigar su significación originaria.

Nada se opondrá, digo, á esta enseñanza, porque el alumno está dispuesto á recibirla, después del análisis de las palabras compuestas. Conoce ya preposiciones latinas que han pasado á nuestro idioma sólo en calidad de prefijos; ha visto además las alteraciones que sufren algunos de estos elementos al unirse á determinados vocablos; puede presentársele nuevos hechos de este género, es decir, nuevas palabras del latín conservadas entre nosotros, pero en composición únicamente, como acontece en *intro-lucir*, *reprimir*, *in-ferir*, etc.; cabe agregar, por último, observaciones como las hechas en el capítulo anterior sobre las flexiones personales de los verbos, y, en general, sobre la degeneración de palabras principales en auxiliares; con cuyos antecedentes hay sobrada preparación para entrar en el análisis de las palabras derivadas.

No hay que pensar naturalmente en llegar á las raíces de las voces; pero nada más fácil que discernir en cada una el tema radical y los sufijos, y esta primera distinción es por sí sola de un interés harto notorio para que sea preciso encarecerlo; máxime cuando las consecuencias que nacen de su olvido ponen fuera de toda duda su importancia. El hecho de que, no ya los niños, sino los hombres, extrañemos muchas palabras que no son sino simples derivados de otras perfectamente conocidas, prueba de un modo palmario la necesidad de familiarizar á cuantos estudian el idioma con esta clase de ejercicios.

Importa, pues, que los niños examinen con frecuencia palabras procedentes de un tronco común, á fin de que, notando á primera vista la identidad de una parte de ellas, puedan separar fácilmente el elemento que en todas se repite (radical) y tomar acta de los diferenciales (afijos); é importa inversamente que observen des-

pues estos últimos en vocablos derivados de diversas estirpes, y que insistan en esta clase de ejercicios léxicos hasta que conozcan bien el cuadro de los principales sufijos de la lengua. Importa, digo, que insistan en esta clase de ejercicios, pero no haciendo de ellos objetos de lecciones especiales, sino, como siempre, aprovechando las ocasiones propicias que deparen la conversación, la lectura y la escritura. Creo inútil repetir los motivos que abonan este modo de proceder, tantas veces expuestos en otros capítulos, ni añadir que las ocasiones sobrarán, y que todo el trabajo del que dirige la enseñanza del idioma consiste en elegir las más á propósito. Palabras, v. gr., como *estancia*, *estado*, *estación* y *estable*, serán ejemplos sencillos y útiles para que los niños vean cómo de la misma raíz que oyen á todas horas en un verbo—el verbo *estar*—se forman á la vez nombres y adjetivos, por el simple cambio de las partículas afijas. Y cuando se les ha llamado una vez la atención sobre esas partículas, es bien fácil conseguir que las reconozcan en otras palabras—como *importancia*, *cuidado*, *satisfacción*, *amable*—á medida que se presenten en la conversación ó la lectura. Por lo mismo que los afijos se repiten de continuo con las raíces más diversas, *suenan* mucho al oído—que es tanto como decir que ya se imponen ellos al recuerdo.—Cosa de juego es para un niño, dada una palabra en que entre un afijo muy usual, buscar otras en que se repita: es buscar consonantes. ¿La voz es *comedor*? Pues ya sabemos que encontrará en su memoria un arsenal de palabras que *le suenan* del mismo modo, como *bebedor*, *corredor*, *tejedor*, *labrador*, *parador*, etc. etc. Y no hay que decir que, cuando lea versos de rima perfecta, no tiene que molestarle él en buscar esas coincidencias de afijos, puesto que son la base capital de las consonancias.

Así, su tarea en este punto se reduce á fijarse en una cosa que conoce, pero de que no hace aprecio ordinariamente, como son las terminaciones de los vocablos; y á fijarse con la bastante detención para observar que son elementos distintos de los temas radicales.

En cuanto á la significación de estos factores de las palabras, aunque hoy no pueda precisarse etimológicamente la de muchos, sin embargo, conocemos lo bastante por experiencia el papel que

desempeñan los principales en la formación de las voces, para poder suministrar á un niño indicaciones utilísimas. Todos sabemos, por ejemplo, el valor particular de afijos nominales como *or* y *ción*, ó adjetivos como *ico* y *ble*, y cualquier diccionario etimológico ayuda á fijar de una manera aproximada el sentido de los más corrientes. Pues esto que sabemos los hombres merced á alguna reflexión sobre el uso de la lengua, pueden aprenderlo los niños, ya que se trata de un simple conocimiento de hechos, y de hechos bien asequibles.

Notemos ahora que, entre los elementos derivativos del idioma, se comprenden, no sólo los que sirven para formar distintas clases de palabras de una misma raíz—nombres, adjetivos y verbos—sino los que sirven para indicar los accidentes de esas mismas palabras; y por tanto, que conocer los unos y los otros es conocer á la vez la gramática de la lengua. Si además se acostumbran los alumnos á distinguir bien esos elementos de los radicales con que suelen confundirse, no sólo conocerán la gramática, sino con una sencillez que no es posible, cuando falta este análisis. Sirva de ejemplo lo que simplifica el conocimiento de la conjugación cuando no se engloba con las terminaciones personales, comunes á todos los verbos, la última vocal del radical, que es la que da origen á esa trinidad aparente de conjugaciones—fuente de tanta confusión para los niños—y la que, transformándose, engendra también á veces las diferencias de modo.

Otra ventaja. Conocer los elementos derivativos del idioma es simplificar, asimismo, extraordinariamente el conocimiento de la ortografía léxica ó de voces. Y se explica: todo nuestro caudal de vocablos se debe á la combinación de unos cuantos centenares de raíces con algunos afijos y prefijos; de modo que, si se sabe aislar los principales de éstos, todas las dudas que puede suscitar la ortografía de las palabras en que aparezcan se referirán exclusivamente á sus raíces, porque la de las partículas prepositivas y postpositivas estará dominada de antemano. Así, sabiendo reconocer el afijo *bilidad* en toda voz á que acompañe, es obvio que esa parte de la voz se escribirá sin vacilaciones como es debido, porque se habrá escrito ya innumerables veces (y será inútil advertir—digámoslo de pasada—que la ortografía de *movilidad* es una excep-

ción, puesto que en este caso no existe semejante afijo, sino otro más simple, y la *v* pertenece al radical del vocablo).

Valgan estas indicaciones como confirmación del interés que encierra el análisis etimológico para los fines de la enseñanza del idioma.

Excusado es decir que en este análisis ha de entrar por mucho el de las derivaciones del sentido de las palabras: cuestión de tanta más trascendencia cuanto que el número de signos orales de un idioma no ha de contarse precisamente por el de sus vocablos, sino en rigor por el de las distintas significaciones que envuelven, ya que cada uno, tomado en sus diversas acepciones, viene á equivaler á otros tantos signos. Ahora si el conocimiento de las palabras, haciendo abstracción de las relaciones de parentesco que las unen, es ya de suyo tarea ímproba que requiere una larga y laboriosa experiencia, calcúlese hasta qué punto aumentan el trabajo y la dificultad, si el tesoro de voces de un idioma se multiplica por el factor que ahora consideramos. Pero, así como atendiendo á esos vínculos de parentesco de las palabras, y distribuyéndolas por linajes y familias, conseguimos simplificar extraordinariamente su estudio, de igual manera puede facilitarse el conocimiento de sus varias significaciones habituándose á descubrir las afinidades entre ellas existentes. Claro es que dentro de la Escuela no cabe realizar este fin, pero sí, como en todos, dejar abierto y allanado el camino que conduce á su realización.

M. Breal, en una conferencia sobre la enseñanza del francés en las escuelas (1), decía á este propósito: “Las palabras de una lengua son como los artículos de un catálogo. No dan más que los títulos; es preciso saber lo que hay detrás de las palabras. Pero por las palabras es por donde empezamos á comprender lo que se contiene en la inteligencia de una nación.”

“Tendríamos una noción inexacta de la riqueza de este tesoro, si creyésemos que un vocablo no corresponde más que á una cosa. Sabéis, en efecto, que un vocablo tiene á veces cinco ó seis senti-

(1) Forma parte de *Las conferencias pedagógicas explicadas á los maestros que visitaron la Exposición Universal de Paris de 1878*, y coleccionados en un volumen que vió la luz en el mismo año.

dos diferentes. Tomad, por ejemplo, términos muy familiares, como la palabra *orden*: el orden que reina en una asamblea; el orden entendido como regularidad de la vida; la orden que un oficial da á un soldado; las órdenes religiosas; el orden arquitectónico; las órdenes del Estado; el orden en Historia natural, etcétera."

"También es preciso enseñar que ciertas expresiones son metafóricas. No hablo de las metáforas usadas por los poetas, tan notorias que al primer golpe de vista se comprenden. No; hablo de esas metáforas latentes del lenguaje, á las cuales estamos habituados de tal modo que las consideramos á primera vista como palabras propias. . . . Cuando se dice, por ejemplo, que entre dos amigos se ha interpuesto una *nube*, hay aquí una metáfora tomada del estado del cielo.—"Las penas han *marchitado* su belleza;" aquí se desvía de su sentido primitivo el epíteto *marchitado*, que se aplicaba desde luego á las plantas. Cuando decís que un hombre ha tomado bien sus medidas, lo comparáis á un obrero que se ha servido del metro y del compás. Las palabras más sencillas son frecuentemente metáforas."

Lo son sin duda muchas más de las que nos permite descubrir nuestro actual conocimiento de las lenguas, porque la metáfora no es un simple recurso literario, sino un recurso esencial para el desarrollo del lenguaje. ¿Cómo hubiera podido adaptarse, si no, ningún vocabulario primitivo á los progresos incesantes que ha realizado el pensamiento de los pueblos?

Pero, sin insistir en este punto, y generalizando la cuestión, el hecho es que las voces poseen una multitud de acepciones derivadas, que, *supuestas las primitivas*, se explican satisfactoriamente por la relación que guardan con ellas. Siendo esto así, habitar á los niños á razonar esas derivaciones es señalarles el único dominio en que al uso de las palabras puede presidir alguna norma más que la servil imitación de los primeros años, el único que puede someterse á un cultivo reflexivo. He aquí la trascendencia última del análisis etimológico.

XV

CONCLUSIÓN, Y AMPLIACIONES SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR.

El análisis etimológico de las voces, junto con el fonético de que se ha hecho mención en varios capítulos, inician á los alumnos en la *lexicología* del idioma, ó sea en el conocimiento de la estructura y formación de su material expresivo; y el análisis gramatical les permite darse cuenta del modo como se organizan esos materiales en las expresiones de la lengua patria.

He ahí los dos aspectos que se distinguen en el estudio de todo idioma, y á los cuales sirve de base el análisis general de la expresión en correspondencia con el del pensamiento—el análisis lógico—que determina las exigencias que satisfacen en el comercio oral las palabras y sus combinaciones.

Así, ese sistema de conocimientos, desenvuelto en unión inseparable con la práctica de la conversación, de la escritura y la lectura, y puesto constantemente á su servicio, sintetiza el plan de la enseñanza lingüística.

Dicho, pues, lo más sustancial que encierra, completemos con algunas observaciones lo referente á aquella parte práctica, cuyo desarrollo quedó pendiente en el capítulo undécimo, para dar lugar á la exposición teórica desenvuelta en los tres anteriores.